

Hilda Nely Lucano Ramírez, *A favor de los animales. Fragmentos filosóficos contra el especismo*, México: Universidad de Guadalajara, 2018

FERNANDO LUNA HERNÁNDEZ

Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo

En este breve texto de letra pequeña, de menos de cien páginas (sólo tres capítulos y unas breves consideraciones finales) y de género literario-filosófico, no nos encontramos con una lectura compleja o aburrida. Incluso, con este texto se podrían responder preguntas que tal vez nos hemos hecho sin tener conexión alguna con la filosofía como disciplina o con el animalismo como ideología, preguntas como: ¿siempre nos hemos relacionado así con otras especies?, ¿cómo y por qué interactuamos así, actualmente, con los otros animales?, y ¿pueden cambiar estas formas de convivencia?

En estos fragmentos se hace un recorrido histórico conciso pero sencillo (para quienes no estemos tan familiarizados con la historia de la filosofía), señalando las posturas de algunos pensadores de la antigua Grecia respecto al tema de los animales. Este recorrido, en tanto que breve, va dando saltos temporales pero prudentes hasta llegar a una muy interesante explicación del por qué los animales humanos (AH) hemos establecido una interacción desventajosa con los animales no humanos (ANH).

Avanzando la lectura, Nelly Lucano describe detenidamente cómo ha sido posible pasar por alto la sintiencia y los intereses de los ANH, es decir, cómo hemos cosificado a los animales, cómo les hemos reificado.

De esa práctica discursiva cosificadora y humanocentrista se derivan posturas que simultáneamente afirman estar en contra de la explotación animal, aunque siguen participando de ella, y la autora ejerce una fuerte crítica a esta postura animalista, señalada como “bienestarismo”, proponiendo el devenir de un estadio humanocentrista a un paradigma zocéntrico, en el que, tal como en el juego de la pirinola, “todos ganan”.

Así, pues, en el apartado primero, *La cuestión de los animales en la historia de la filosofía*, el primero en ser citado es Pitágoras, quien creía que el hombre podía reencarnar (transmigración de las almas) en los cuerpos de otros animales, y por ello recomendaba no cometer ningún tipo de agresión contra estos, mucho menos alimentarse de ellos. Como vemos, la consideración moral hacia los animales no se recomendaba por la afectación del animal mismo, sino porque el cuerpo de este podría contener un alma humana.

Con Aristóteles, la cuestión animal cambia de rumbo, destaca su dedicación al estudio de los animales para clasificarlos, para comprenderlos más que para abogar por ellos. Pese a que a Aristóteles se le puedan hacer varias acusaciones e incluso responsable de la desventajosa situación actual de los animales no humanos, sobresale una cita que se le arroja al estagirita: “si alguien considera que el estudio de los otros animales es despreciable, es preciso que piense también del mismo modo sobre el estudio sobre sí mismo”. Extraña cita donde parece colocar a animales humanos y no humanos en importancia equivalente.

Con Plutarco de Queronea la disposición con los otros animales implica una mirada diferente. Aquí los animales poseen capacidad de sentir y pensar (inteligencia), y por lo tanto son merecedores de consideraciones morales. ¿Comerlos? No. La propia fisiología del humano no se presta para tal acción; carece de las características de los carnívoros reales. Hacerlo equivaldría a un capricho, y por ello la dieta vegetariana es una realizable postura ética y hasta estética. Posicionamiento que es compartido y replanteado por Porfirio (s. III d.C.), para quien la relación con las especies no humanas también debe estar regulada por la justicia: “Si el placer fuera el eje regulador de una ética, tendría que reconocerse que todas las prácticas que producen placer en algunas personas (pero ocasionan dolor, sufrimiento o muerte a otros seres) deberían ser permitidas, aunque resultasen injustas para los afectados” (p. 19).

Una vez finalizado el recorrido por este periodo clásico, el cristianismo es la desembocadura histórica obligada. ¿Cómo fueron concebidos

los ANH en esta época? Podría responderse que hay una continuidad desde entonces, pues dicha ideología sigue vigente en muchas prácticas religiosas, aún hoy se erige como un referente de saber-hacer.

Aunque el Antiguo y el Nuevo Testamento están dispuestos a interpretaciones, se sigue la lógica de que el hombre está hecho a imagen y semejanza de Dios, y todo lo hecho por Dios fue puesto a disposición del hombre, y este puede usar a la creación como mejor lo crea conveniente.

Con San Agustín y Santo Tomás de Aquino la cuestión animal se ajusta a lo dicho en el párrafo anterior, los animales pueden ser instrumentalizados sin temor a Dios. Empero, San Francisco de Asís propone formas inéditas de cómo un buen cristiano debe relacionarse con los otros animales.

Llegando a la Modernidad, Nely se enfoca en Descartes, quien niega a los ANH la conciencia y la sintiencia como atributos, conjurándoles como instrumentos mecánicos, apenas diferentes de los objetos inanimados. Frente a Descartes, se coloca a Kant, con quien la cuestión animal supone un regreso al humanocentrismo. Según Kant, “el hombre ha de ejercitar su compasión con los animales: aquel que se comporta cruelmente con ellos posee así mismo un corazón endurecido para con sus congéneres”. Cita en la que se rechaza lastimar a los animales, no porque sea malo para los animales, sino porque el mal puede extenderse a los mismos humanos.

Antecedentes todos que inauguran otras propuestas en la cuestión animal, teorías, movimientos animalistas, dietas, posturas políticas, categorías, etc., todas dignas de repasar y repensar en favor de una ética zoocéntrica, donde, al igual que con Porfirio, el concepto de justicia abarque también a las otras especies con las que interactuamos; abriéndose la puerta para que en el siguiente capítulo se hable del por qué ha sido tan arduo el que las ideas zoocéntricas prendan en las sociedades occidentales.

Aquí, la autora nos presenta su hipótesis de trabajo, remarcando que en las sociedades capitalistas industriales es donde se genera el mayor dolor y muerte a gran escala, y, como podría resultar natural para apoyar su propuesta, Nely utiliza la categoría marxista de valor (valor de uso y de cam-

bio) que reviste a los objetos como mercancías, mismo con el que también se reviste a los otros animales, y les coloca como cualquier otro artículo de compra-venta y, de esta manera, los animales pasan por procesos de invisibilización, de fetichización; se suprimen como individuos sintientes. Las cosas, las mercancías no tienen capacidad alguna, ¿hay que cuidarlas?, sí, lo suficiente para que conserven su valor. Al final del día, son productos, indiferenciables, repetibles; son bocadillos, zapatos, cinturones, sustancias, accesorios: no tiene sentido alguno intentar pensarlos desde la ética.

Empero, al desandar el proceso que ha hecho de los animales meras mercancías, algo ha de quedar en pie, y ese algo es que no siempre ha sido así, que los animales no siempre han transitado tan terribles penurias, y que estas condiciones no son perennes: en pocas palabras, que pueden transformarse.

Simultáneamente, las dinámicas instauradas en las mismas sociedades industriales capitalistas encierran en su lógica la existencia de alternativas, procesos y materias primas con los que dejar de utilizar a los otros animales en cualquier rubro (alimentación, vestimenta, diversión, investigación).

Una explicación de por qué estas transformaciones son tan escasas y lánguidas, en este tipo de sociedades, la encontramos en la postura humanocéntrica. Este, el humanocentrismo, nos dice Nely, es una ideología que se cimienta en el discurso religioso (judeocristiano) en el que “nada tiene mayor valor que los seres humanos, y que todo lo demás puede someterse legítimamente al servicio, el uso o el interés de la humanidad, lo que equivale a situar a la humanidad en la cúspide del valor en el mundo y privilegiar la existencia humana por encima de todas las cosas” (p. 50). Por supuesto, este tipo de privilegios no los puede ostentar ni ejercer ningún otro animal sobre la faz de la Tierra y, muy convenientemente, tienen que padecerlos el resto de las formas de vida.

A pesar de tener este origen religioso, el humanocentrismo sirve fielmente al capitalismo, y a cualquier persona que intente defender sus privilegios de especie, yendo de lo individual a lo social; curiosamente este

tipo de ideología judeocristiana resulta de igual utilidad para personas contrarias a los postulados religiosos. Tal individuo, como cualquier otro devoto, está enajenado. La enajenación es retomada como...

en el no reconocimiento [...] de su verdadera situación dentro de la sociedad capitalista; en la incapacidad de percibir y comprender que se trata de una organización social de carácter histórico, creada por los hombres mismos, susceptible de modificación y superación. Esta incapacidad se traduce, en la práctica, en la conducta de pasiva aceptación del sistema, de inmovilismo, de resignación; se traduce igualmente en la persistencia de un tipo de conciencia que acepta lo dado, como cosa en sí y, en cuanto tal, como insuperable. (F. Riu, *Usos y abusos del concepto alienación* (Venezuela: Monte Ávila, 1980), 111. Citado en el libro reseñado, p. 53).

Si resulta sorprendente la renovación del discurso religioso en personas laicas, científicas, etc., resulta igual o más sorprendente una postura que trate de defender a los otros animales mientras merca con ellos. Justo de esto trata el capítulo tercero, *Crítica a la razón bienestarista*. En este apartado se pone en entredicho esta postura animalista harto popular entre personas que dicen comulgar a favor de los ANH, pues consideran que es la postura que más avanza a mejores itinerarios en favor de los animales. Esta postura hace juego con el capitalismo, posee la misma lógica interior religiosa, aunque ondea un discurso más compasivo.

El bienestarismo asiente las capacidades de disfrute y sufrimiento en otras especies, lo sobresaliente es que también consiente que el animal siga siendo un objeto de compra-venta, uso y abuso en cualquier ámbito. No deja de aspirar a los beneficios económicos que la explotación animal representa. La gran diferencia es que el bienestarismo pretende instaurar y regular “un trato humanitario” hacia los animales, pero sólo mientras estos retornan exactamente al mismo sitio, al estatus de mercancía.

¿Humanocentrista? Sí, sin duda, pero, como lo mencionamos líneas arriba, esta postura es de las que cuenta con más simpatizantes, pues presentan normas ¿plausibles?, producto de batallas legales contra las corporaciones que más se ensañan con los animales con los que comercian, batallas cuyas reglas ya fueron sentadas por el capitalismo, y cuyas

victorias son pírricas y con la promesa de que poco a poco se llegará a algo mejor.

En sus Consideraciones finales, Lucano certifica que la manera más sencilla de ocultar algo debe ser poniéndolo a la vista de cualquiera, algo como nuestra constante coexistencia con otros animales y que, aunque lo hayamos dejado de notar, son los otros animales los que...

Nos permiten ser humanos, es decir, nos dan la posibilidad de, gracias a la interacción con ellos, distinguírnos y remarcar lo que suponemos es nuestra diferencia y con la misma faceta paradójica hegeliana “De ellos, con ellos y también contra ellos, aprendimos a habitar al mundo todos los así llamados humanos” (Ramírez, 2008a. p. 2).

Y, si en otros espacios temporales se tuvo a otros animales como divinidades depositarias de propiedades mágicas y con capacidad de transmitir las a los humanos (Tresguerres, 1993), hoy día esos “dioses olvidados”, transfigurados por una sociedad humanocentrista, cuya lógica interna es la del capitalismo salvaje, han devenido en mercancías insignificantes. Estas mismas sociedades encierran diferentes alternativas para comer, vestir, entretener o experimentar, sin necesidad de causar dolor, sufrimiento o muerte a los animales no humanos. ¿Por qué no elegir evitarlo?

Referencias

- RAMÍREZ Barreto, A. C. (2008, septiembre 03). La teoría de la conexión de la violencia y la necesidad de la investigación antropológica. *La Voz de Michoacán*, suplemento Identidad, pp. 2-37.
- TRESGUERRES, A. (1993). *Los dioses olvidados. Caza, toros y filosofía de la religión*. España: Pentalfa Ediciones.

